

taces, peones y arrendatarios, está retratado con evidente intención de verosimilitud. No puedo ahora ponerme a analizar la ambigüedad que rodea ese rótulo tan manoseado de *realismo*⁵.

Si ahora pasamos al mundo de los poseedores, de la clase superior (para denominarla de alguna manera) aparecen en los comportamientos de los personajes, en los valores que dan sentido a sus existencias y en la función y la consideración con que el autor los describe en el mundo de la novela, algunos elementos diferentes. Esos aspectos distintos pueden resumirse diciendo que en ellos aparecen elementos no siempre ni constantemente realistas. Podríamos decir, para obviar el problema, que se dan allí aristas *irrealistas*, notas que no siempre afirman la tendencia a la verosimilitud, a la mimesis consciente que se percibe en el mundo de los de abajo. Ya volveremos más despacio sobre lo mismo, después de que analicemos distintas facetas de la obra.

El mundo paternalista de la casa

En los dos mundos en que se escinde la obra se ejerce una misma autoridad. Tanto en la sociedad en torno como en la casa familiar, una misma figura encarna la autoridad. En uno es el propietario; en el otro el padre. El padre no es solamente la autoridad; encarna, además, los intereses de la familia, la voluntad de Dios, el Destino. Por tanto la Moral (familiar y social), la seguridad económica y el Deber Ser, la Ley. El conflicto central de la obra podría ser sintetizado como el enfrentamiento del Amor con el Deber, del Amor frente a los intereses de la Familia y a la Moral familiar y social. El padre de Efraín es quien decide «irrevocablemente» que éste irá por cinco años a Londres a terminar sus estudios de medicina. Esa decisión (de la cual se muestra arrepentido el padre más tarde) es la que impedirá que los enamorados gocen de un momento de felicidad y la que apresurará la muerte de la heroína. La duda posterior del padre (caps. LXII-LXIII) muestra que éste tiene conciencia de que ésa era la resolución justa, pero no la única posible.

Muchos años más tarde (cuando se escribe la novela, y éste es un aspecto de la temporalidad de la narración que merecería un estudio detallado) Efraín se califica a sí mismo de cobarde por haber aceptado irse a Londres: «¡Corazón cobarde! No fuiste capaz de dejarte consumir por aquel fuego que, mal escondido, podía agostarla...» (cap. XVI), pero durante el desarrollo de los hechos, Efraín, inmovilizado por un respeto

⁵ Véanse las observaciones de R. Wellek, «The Concept of Realism in the Literary Scholarship» en *Concepts of Criticism*, New Haven, Yale University Press, 1963, pp. 222-255.

casi religioso ante su padre, obedece sin reaccionar. Esta autoacusación jamás alcanza a convertirse en crítica a la decisión paterna, pero debe ser interpretada como el arrepentimiento posterior del narrador por no haber tenido el suficiente valor para oponerse a las órdenes del hacedor de sus días. No hay otra posible interpretación del pasaje.

¿Cómo actúan la madre y el padre? De manera refleja, ella encarna —siempre— la voluntad de su esposo; funciona en la obra dulcificando o atenuando la dureza de las órdenes y disposiciones del jefe de familia, pero lo secunda como un doble que encarna sus mismas ideas y sentimientos. Esto se ve muy bien cuando los padres (y pocas veces como en ésta, el uso del masculino para el plural ha sido más exacto) proponen a Efraín y María un convenio, un típico contrato burgués para solucionar el problema provocado por la enfermedad de la enamorada y la necesidad de viajar a Inglaterra del hijo. Los capítulos XXXVIII y XXXIX son fundamentales en cuanto contienen las «condiciones» que los padres proponen para que, a cambio de ellas, los enamorados alcancen la felicidad futura. Es un contrato en el que las partes *dan* algo y esperan *recibir* otra cosa a cambio. El padre indica claramente que el dinero que invertirá en Efraín será una inversión que rendirá sus frutos; y compara esa inversión de dinero con una siembra, exactamente igual que si hablara de los trabajos de siembra en la hacienda:

—Pero debo advertirte que mi resolución es irrevocable. Los gastos que el resto de tu educación me cause, en nada empeorarán mi situación, y una vez concluida tu carrera la familia cosechará abundante fruto de la semilla que voy a sembrar... creo que tienes el noble orgullo necesario para no pretender cortar lastimosamente lo que tan bien has empezado.

—Haré cuanto esté a mi alcance —le contesté completamente desesperanzado ya—; haré cuanto pueda para corresponder a lo que usted espera de mí.

—Así debe ser... Estoy seguro de que a tu regreso ya habré conseguido llevar a cabo con fortuna los proyectos que tengo para pagar lo que debo. Tu posición será, pues, muy buena dentro de cuatro años, y María será entonces tu esposa. (cap. XXXVIII, pág. 163)

Los padres, a cambio del dinero que invertirán en los estudios, esperan de los enamorados varias cosas: prudencia en la relación amorosa, paciencia, fortaleza en la espera de todos esos años, una dedicación constante de Efraín al estudio. Habla la madre:

—¿Es posible —me dijo cuando hubo entrado— que te dejes dominar así por este pesar? ¿No podrás, pues, hacerte tan fuerte como otras veces has podido? Así ha de ser, no sólo porque tu padre se disgustará, sino porque eres el llamado a darle ánimo a María.

En su voz había, al hablarme así, un dulce acento de reconvención, hermanado con el más musical de la ternura.

Continuó haciéndome la relación de todas las ventajas que iba a reportarme aquel viaje, sin ocultarme los dolores por los cuales tendría que pasar y terminó diciéndome:

–Yo, en estos cuatro años que no estarás a mi lado... le hablaré constantemente de tí, y procuraré hacerla esperar tu regreso como premio de tu obediencia y de la suya. (cap. XXXIX, pp. 164-165)

Para decirlo en una fórmula: obedece y obtendrás esto a cambio.

Aquí convendría acotar algo esencial. Es una pregunta que debe hacerse, porque de su respuesta depende la visión que se ha tenido hasta hoy de uno de los personajes esenciales de la obra: la protagonista. La pregunta es esta: ¿aceptan ambos el contrato que ofrecen los padres? Hay algún intento de resistencia al ofrecimiento y quien lo encabeza, quien lo dispone y razona, es María.

El cap. XXXV narra el casamiento de Tránsito y Braulio, que tiene lugar el 12 de diciembre. Y los preparativos previos, del día 11. Ese día salen a dar un paseo a caballo María y Efraín. Mientras cabalgan, conversan. Unos días antes ha tenido lugar una desgracia económica para el padre de Efraín, que ha perdido una importante suma de dinero (final del cap. XXXIII). Habla María:

–¿En qué piensas tanto? Vuelves a estar como anoche, y hace un rato que no era así, ¿Es, pues, tan grande esa desgracia que ha sucedido?

–No pensaba en ella; tú me haces olvidarla.

–¿Es tan irremediable esa pérdida?

–Tal vez no. En lo que estaba pensando es en la felicidad de Braulio.

–¿En la de él solamente?

–Me es fácil imaginarme la de Braulio. Él va a ser desde hoy completamente dichoso, y yo voy a dejarte por muchos años...

Ella me había escuchado sin mirarme; y levantando al fin los ojos, en los cuales no se había apagado el brillo de felicidad que en aquella mañana los iluminaba, repondió alzando el velillo:

–¿Esa pérdida no es, pues, muy grande?

–¿Y por qué insistes en hablar de ella?

–¿No lo adivinas? Solamente yo he pensado así y esto me convence de que no debo confiarte mi pensamiento.

Prefiero que no estés contento por haberme visto alegre hoy después de lo que me contaste anoche.

–¿Y esa noticia te causó alegría?

–Tristeza cuando me la diste; pero más tarde...

–¿Más tarde, qué? (p., 142; cap. XXXV).

Y después de un largo rodeo, y de que se separan y vuelven a encontrarse cerca durante la cabalgata, ella le confiesa qué ha pensado:

–Desde ahora no –respondió sonriéndose de la misma gravedad que trataba de aparentar–. Oye, pues: yo no he podido prescindir de estar contenta hoy, porque luego que nos separamos anoche pensé que esa pérdida sufrida por papá puede resultar... ¿Qué pensaría él de mí si supiera esto?

–Explícate, y yo te diré lo que pensaría.

–Si esa suma que se ha perdido es tanta –se resolvió a decirme entonces, peinando al mismo tiempo con el mango del fuste las crines del caballo–, papá necesitará más de ti...: él consentirá en que lo ayudes desde ahora...

–Sí, sí –le respondí dominado por su mirada tímida y anhelosa al confesarme lo que tanto recelaba la pudiera mostrar culpable.

–¿Con que es verdad que sí?

–Relevaré a mi padre de la promesa que me tiene hecha de enviarme a Europa a terminar mis estudios: le prometeré luchar a su lado hasta el fin por salvar su crédito, y consentirá; debe consentir.. Así no nos separaremos tú y yo nunca..., no nos separarán. Y entonces pronto...

Sin levantar los ojos me significó que sí, y al través de su velillo, con el cual jugaba la brisa, *su pudor* era el de un *ángel*. (pp. 142-144, cap, XXXV)

Y el ángel pudoroso acompaña a su madre a la ceremonia de la boda de Braulio y Tránsito. Después de la misa regresan todos a la casa y:

Solamente al acercarnos a la casa, me dijo María con voz que sólo yo podía oír:

–¿Vas a decir eso hoy a papá?

–Sí.

–No se lo digas hoy.

–¿Por qué?

–Porque no.

–¿Cuándo quieres que se lo diga?

–Si pasados estos ocho días no te habla nada de viaje, busca ocasión para decírselo, ¿Y sabes cual será la mejor? Un día después de que hayáis trabajado mucho juntos; se le conoce entonces que está muy agradecido por lo que le ayudas.

–Pero mientras tanto, no podré soportar la impaciencia en que me tendrá el no saber si acepta.

–¿Y si él no conviene?

–¿Lo temes?

–Sí.

–¿Y qué haremos entonces?

–Tú, obedecerle.

–¿Y tú?

–¡Ay! ¡Quién sabe!

–Debes creer que aceptará, María.

–No, no; porque si me engañara, sé que este engaño me haría un mal muy grande. Pero hazlo como te digo; así puede ser que todo nos salga bien. (pp. 145-146; final cap. XXXV)